

á los pobres, no visten á los desnudos, ni dan hospitalidad á los extraños ó no los alimentan suficientemente; por esto les viene ahora esta plaga. Pues bien, yo os digo: «recoged todo lo que teneis y llevadlo á las ciudades amuralladas á fin de que no os lo arrebaten los longobardos; parapetaos en vuestros puntos mas fuertes.» Cuando hubo dicho esto, quedaron todos sorprendidos; se despidieron y regresaron llenos de asombro á sus casas. A los monjes (1) dijo: «Marchaos tambien y llevaos lo que teneis, pues ya se acerca el pueblo que he profetizado;» ellos sin embargo contestaron: «¡No te abandonamos, santísimo padre!» y entonces les dijo: «Nada temais por mí; me maltratarán pero no me matarán.» Entonces partieron los monjes; y el pueblo longobardo llegó y destruyó cuanto encontró á su paso; llegaron tambien varios hombres al sitio donde vivía encerrado el santo, el cual se dejó ver en una ventana de la torre, y ellos la rodearon sin encontrar por dónde entrar. Entonces subieron dos y echaron abajo el tejado, y viendo al hombre cargado de cadenas y cubierto de un cilicio, dijeron: «¡Es un criminal culpable de un asesinato por cuya razon está encadenado!» Llamaron un intérprete (2) y le preguntaron qué crimen habia cometido para hallarse tan castigado, y él dijo que era un homicida y culpable de toda clase de crímenes. Entonces uno de los hombres sacó su espada para blandirla sobre la cabeza del recluso, pero su mano quedó paralizada en medio del movimiento que hacia y, no pudiendo retirarla, soltó la espada, que cayó al suelo. Cuando esto vieron sus compañeros levantaron grandes gritos al cielo y suplicaron al santo que se dignara decirles lo que debían hacer (para curar al otro); entonces hizo el santo la señal de la cruz (sobre el hombre) (3) y el brazo volvió á estar sano como antes. Este longobardo se convirtió en el sitio mismo, se hizo tonsurar y es considerado ahora allí como el monje mas fiel (4).»

Se vé que en el concepto de la gente de entonces, y en el de Gregorio, una mentira, como la del santo, dicha para provocar á gentiles bárbaros, era agradable á Dios, pues que dió lugar á dos milagros, el del brazo y el de la conversion; y aunque el santo hubiese dicho la mentira con la reserva mental de que el pecador, y todos lo somos por el pecado original, era siempre tan culpable como cualquier criminal, bien sabia que el longobardo la habia de entender literalmente (5).

«Dos jefes de la hueste que oyeron y creyeron las palabras del santo volvieron á su país sanos y salvos, pero los que las despreciaron perecieron miserablemente en la misma Provenza. Muchos fueron poseidos de los espíritus malignos y gritaban: «¿Por qué nos atormentas y quemas tanto, oh tú, santo y piadosísimo varon?» El entonces les impuso sus manos y los purificó (curó).»

Explica el autor otras curaciones que hizo el mismo santo, de cuya relacion resulta que entonces el clero galicano traía ya de Roma reliquias de los apóstoles y de otros santos con las cuales obtenia curaciones milagrosas. En Angers, Hospicio curó á un sordo-mudo que despues de curado exclamó: «Habia buseado á San Pedro, á San Pablo, á San Lorenzo y

año 585, cánon 5, y el 2.º de Tours del año 567. Véase *Conc. gall.*, de Sirmont, y las notas de Ruinart á la obra de Gregorio, libro VI, 6.

(1) Compañeros cenobitas que se habian establecido junto á él.

(2) Obsérvese el hecho de que estos longobardos no entendian todavía el latin vulgar, pues solo hacia 13 ó 14 años, desde 568, que se habian establecido en Italia.

(3) Hay que suponer que los longobardos habian bajado á donde estaba el santo.

(4) A la religion de Cristo. *Fidelissimus* dice Gregorio, vocablo que entonces queria decir firmísimo en la fe cristiana.

(5) A no advertirle el intérprete del sentido que le daba el santo, y quizás era el longobardo ya arriano.

á otros santos, que han enaltecido á Roma con su sangre; y aquí es donde los he encontrado y visto á todos.» Despues curó á un ciego de nacimiento que le dijo estas palabras conmovedoras: «Mi deseo es conocer lo que no conozco; no sé lo qué es la luz; y solo sé que todos la celebran.» Despues le fué presentada una mujer que se quejaba de que estaba poseida de tres espíritus malignos. El santo la bendijo imponiéndole sus manos y haciéndole en la frente una cruz con el santo óleo, con lo cual huyeron los demonios y la mujer se marchó purificada. Tambien curó su bendiccion á una muchacha poseida de un espíritu impuro.

«Cuando vió llegar su fin, llamó cerca de sí al prior (6) y le dijo: «Toma una barra de hierro, abre este muro y envía recado al obispo de la ciudad que venga á darme sepultura, porque de aquí á tres dias dejo este mundo.» Cuando hubo dicho esto, envió el prior del convento gente al obispo de Niza para darle parte. Un tal Crescente se asomó á la ventana de la torre y vió al hombre echado rodeado de cadenas y lleno de gusanos, y dijo: «¡Señor! ¿Cómo puedes soporitar con tanto valor tan fuertes dolores?» y él contestó: «Aquel por quien padezco me da fuerzas.» Al llegar el tercer dia se quitó las cadenas, se prosternó para orar y, despues de haber orado largo tiempo vertiendo lágrimas, se echó en un banco, extendió sus brazos hácia el cielo y, dando gracias, entregó su alma á Dios, y al instante desaparecieron todos aquellos gusanos que habian agujereado el cuerpo del santo.»

Estas penitencias antinaturales con toda su asquerosa suciedad eran consideradas en aquel tiempo como grandemente agradables á Dios.

«Llegó el obispo Austadio (7) é hizo dar sepultura al santo con todo cuidado.

»En aquel tiempo murió el obispo Ferreol de Uzés, hombre de gran santidad, sabiduría y prudencia. Escribió varios libros de cartas, en las cuales quiso imitar á Sidonio Apolinar, y á su muerte se encargó de la silla episcopal, sin conocimiento del rey, Albino, el gobernador anterior de Provenza, bajo la proteccion de Dinamio, el gobernador efectivo á la sazón. Solo tres meses conservó Albino el obispado, y cuando estaba ya decidida su destitucion, murió. Fué nombrado en su lugar por el rey, Jovino, que tambien habia sido gobernador de la provincia; pero antes de que pudiera tomar posesion, el diácono Marcelo, hijo de Félix, romano distinguido (de familia antigua senatorial), reunió á los obispos de la provincia y fué ordenado obispo, segun consejo y á recomendacion de Dinamio. Jovino quiso expulsarle, pero Marcelo se encerró en la ciudad, y viendo que seria vencido por falta de fuerzas suficientes, ganó á Jovino por medio de regalos.

»Murió entonces tambien Eparquio, ermitaño de Angulema, varon de santidad admirable, por medio del cual Dios efectuó muchísimos milagros. Habia vivido antes en Perigueux; pero habiendo renunciado al mundo y entrado en la carrera eclesiástica, se habia trasladado á Angulema, donde construyó una ermita y reunió algunos monjes. Allí pasó el tiempo en contiñas oraciones; nunca coció pan, cuando le faltaba se lo llevaban personas piadosas; si le daban (en ofrenda) oro y plata, lo empleaba para aliviar las necesidades de los pobres ó rescataba prisioneros, y así libertó á gran número de éstos con las ofrendas de los devotos. Muchas veces mató la ponzoña de las viruelas (pústulas) con la señal de la cruz; expulsó con sus oraciones los espíritus malignos

(6) Hay que admitir que Hospicio figuró como abad en su colonia de monjes y que tenia ya un prepósito para los asuntos materiales de la comunidad.

(7) Este nombre no se encuentra en la lista de los obispos de Niza.—Ruinart.

de los cuerpos de los poseidos, y con su persuasivo lenguaje obligó á los jueces á absolver á varios culpables, lo cual mas bien impuso que solicitó, porque tan dulce era su modo de hablar, que no podian negarle nada cuando solicitaba su indulgencia.»

Nada diremos de esta ingerencia de piadosos ermitaños en la administracion de la justicia de aquellos tiempos, en que el pobre, el desgraciado y desamparado bien la necesitaban, aun cuando nos parece hoy dia singular y á lo menos injusta y disolvente. Véase el caso siguiente:

«Siendo un dia conducido á la horca por hurto un hombre que además era acusado por los habitantes de otros crímenes, robos y asesinatos, Eparquio, tan pronto como lo supo, envió á uno de sus monjes al juez (1) para suplicarle que concediese la vida á aquel criminal; pero no fué posible complacer al santo porque todo el pueblo vociferó que si se soltaba á aquel hombre se perderia toda la comarca y aun el mismo juez.

«El criminal fué tendido, azotado con disciplinas y palos y enviado á la horca. Cuando el monje, lleno de afliccion, comunicó esto á Eparquio, le dijo éste: «Vé y está alerta desde léjos, pues has de saber que Dios nos regalará á aquel hombre que (el juez) no nos ha querido entregar. Tú, pues, cuando le veas caer (de la horca) apodérate de él y tráele al convento.» Mientras el monje fué á cumplir este mandato, se prosternó el santo y oró, vertiendo lágrimas, hasta que rompieron la cuerda y las cadenas del ahorcado y éste cayó en el suelo. Al instante cogió el monje y le llevó ileso á presencia del abad, que dió gracias á Dios, mandó llamar al gobernador y le dijo: «Hasta ahora, hijo carísimo, solias escucharme bondadosamente, ¿por qué no diste libertad hoy, hombre obstinado y empedernido, al hombre por cuya vida intercedí?» A lo cual el gobernador contestó: «De buena gana sigo lo que dices, oh santo sacerdote, pero el pueblo se levantaba descontento, y yo no podia obrar de otra manera, porque temia provocar un motin.» Entonces dijo el abad: «No has hecho caso de mí, pero Dios se ha dignado escucharme y ha restituido á la vida aquel á quien tú habias entregado á la muerte; mira, aquí está delante de tí é ileso.» A estas palabras se arrojó el gobernador á sus piés, estupefacto de ver vivo delante de sí al que habia dejado cubierto de la lividez de la muerte. Esto lo he oido de la boca del mismo gobernador.

»Eparquio murió el 1.º de julio del año 581, despues de haber llevado 44 años de vida de ermitaño. Muchos prisioneros rescatados, cuyo número era grandiosísimo, acompañaron el cadáver á su último descanso.

»Entonces empezó á enfermar el obispo Domnol del Mans. Habia estado en tiempo del rey Clotario á la cabeza del monasterio cerca de la basílica de San Lorenzo en Paris; pero como en vida de Childeberto I habia continuado siempre fiel al rey Clotario, y habia ocultado á menudo á los espías que este último solia enviar á hacer reconocimientos, esperaba este rey una silla episcopal vacante para colocarle en ella. Murió el obispo de la ciudad de Aviñon y el rey decidió enviar allí á Domnol; pero este santo al saberlo entró en la iglesia del santo obispo Martin, á la cual habia ido tambien casualmente Clotario para orar, y allí pasó la noche velando y rezando; de paso hizo exponer al rey, por los notables que estaban presentes, que no le alejase como un prisionero de la vista del soberano y que no permitiese que su sencillez fuese la risa de aquellos romanos aristócratas y re-

(1) Que era, como resulta de la relacion, el gobernador, que se llamaba Gramulfo, segun dice una biografía contemporánea de Eparquio.—Ruinart.

tóricos y jueces filósofos, pues aquella colocacion seria para él mas un bochorno que una recompensa.»

El discurso de este obispo es por demás interesante bajo el punto de vista de la historia de la civilizacion de aquella época, porque nos muestra que en el territorio de la Galia donde los romanos establecieron primero su dominio, en la Provenza, donde la civilizacion antigua era de consiguiente mas antigua, se hallaba esta civilizacion tan arraigada y la inteligencia tan desarrollada, que todavía á últimos del siglo vi de nuestra era imponia tanto, no solamente á los francos bárbaros, sino hasta á un eclesiástico, abad y candidato antiguo para el obispado, y probablemente romano, que temia aceptar la silla episcopal de Aviñon por temor á la superior ilustracion y talento de los romanos distinguidos, descendientes de familias senatoriales, que llenaban allí la curia y ocupaban los puestos de jueces y otros importantes de la administracion. Es verdad que habian penetrado germanos en el Mediodía de Francia, vándalos, visigodos y otros, y se habian establecido allí los godos, pero esto fué á principios del siglo v, cuando en todo el resto de la Galia imperaban todavía incólumes la autoridad y la cultura romanas; de modo que aquellos godos, siendo ya por sí la rama mas dúctil de la raza germánica, pudieron ser asimilados ó notablemente romanizados antes que los alemanes y francos, mas bravíos, se estableciesen en el Norte y centro de la Galia, en especial los francos, que ahogaron allí toda civilizacion. El hecho de que los reyes francos se sirvieron de los romanos en el Mediodía para los cargos de gobernadores, jueces y otros, prueba que eran allí relativamente escasos los francos y los godos de pura raza; este otro hecho de que el obispo Domnol no temiera verse abochornado con su simplicidad en Paris, demuestra tambien que el clero del Norte y del centro no se elevaba, por término medio, sobre el nivel del modesto Domnol.

«El rey atendió á su deseo, y cuando murió el obispo Inocencio del Mans, dió esta silla á Domnol, el cual se condujo tan bien allí, que habiendo llegado al colmo de la santidad volvió á un cojo el uso de sus piernas y á un ciego la vista. Cuando á los 22 años de gobierno de su diócesis padeció de ictericia y de mal de piedra, eligió para sucesor suyo al abad Teodulfo, y el rey aprobó la eleccion; pero al poco tiempo cambió Domnol de parecer y fué elegido por sucesor Baudgiselo, el mayordomo de palacio (2), que fué tonsurado, pasó por todos los grados en cuarenta dias y fué ordenado obispo é instalado en su obispado.»

Obsérvese como á ciencia y por recomendacion del santo obispo Domnol se falsea la prohibicion canónica de hacer obispo á una persona secular, y además á un franco. Al mismo tiempo vemos á otro germano siendo abad, á saber, Teodulfo, el primer candidato de Domnol.

«En aquellos dias fué robada con fractura la basílica de San Martin (de Tours). Los ladrones arriaron una reja que cubria un sepulcro á una ventana del ábside, subieron, rompieron un vidrio y penetraron dentro. Tomaron mucho oro y plata y un gran número de capas pluviales todas de seda y desaparecieron. Para esto debieron poner los piés sobre el santo sepulcro, al cual nosotros apenas nos atrevemos tocar con la boca; pero el poder milagroso del santo quiso des-

(2) En otras notas hemos dicho ya algo de este empleo que empezó por ser el de simple camarero del rey, luego estos camareros pasaron á ser camareros, y despues mayordomos del rey; inspectores de los palacios y haciendas reales, cuyo empleo les dió tanto ascendiente sobre todos los funcionarios que los mayordomos se hicieron peligrosos al mismo rey. En el capítulo sobre Constitucion volveremos á hablar de este y otros empleos.



tio, que todavía vivía. Me opuse á ello porque sabía que esto era contra los cánones (1), pero le dí un consejo, diciéndole: «Hijo mio, en los cánones se nos dice que nadie puede llegar á obispo sin haber pasado antes puntualmente por los grados eclesiásticos (2); por eso, carísimo, vuélvete y pide al que te ha elegido que te dé primero la tonsura, y cuando estés ordenado sacerdote, conságrate con todo celo al servicio de la Iglesia; entonces, cuando Dios llame de este mundo al obispo, ascenderás fácilmente á la dignidad episcopal.» Marchóse, pero no siguió mi consejo, porque el obispo Félix mejoró de salud; pero cuando hubo curado de la fiebre, le salieron en las piernas vejiguillas, efecto de la mala sangre; se aplicó cantáridas sobre las llagas, y de esto murió á la edad de 70 años, en el 33.º de su obispado (el 6 de enero de 582) (3). Por disposición del rey entró en su puesto su primo Noniquio.

»Cuando Papoleno supo la muerte de Félix volvióse á unir con la sobrina del difunto, de la cual estaba á la sazón separado y con la cual se había desposado poco antes. Félix no había querido consentir en el casamiento, y Papoleno había robado de un oratorio á la jóven con el auxilio de una numerosa cohorte y se había refugiado con ella en la basílica de San Albino. Furioso el obispo Félix, se valió de una astucia para arrebatar á la jóven del lado de su desposado, vestirla el hábito de monja y encerrarla en un convento de Bazas. Desde allí envió ella secretamente sus criados á Papoleno para decirle que fuese á sacarla y á llevarla á su casa, y él lo hizo así, la sacó del convento, volvió á vivir con ella maritalmente y apoyado en órdenes escritas del rey despreció todas las amenazas de la familia de la jóven.

»En aquel año el rey Chilperico mandó bautizar á muchos judíos, sirviendo de padrino á varios de ellos; pero algunos no salieron purificados sino exteriormente, y habiendo renegado de su nueva fe, celebraban desde entonces el sábado como judíos y el domingo como cristianos.

»Prisco (4), sin embargo, no quiso convertirse de ninguna manera, y el rey, indignado, le mandó encerrar en un calabozo, para «hacerle cristiano á la fuerza si no quería serlo voluntariamente.» Entonces el judío dió regalos y solicitó un plazo para casar primero á su hijo en Marsella con una hebrea, hecho lo cual prometió obedecer lo que el rey le había mandado. Entretanto, tuvo una disputa con Fatir, judío convertido, del cual el rey era padrino; y cuando Prisco, un sábado, puesto el ceñidor orario (5) se retiró á un sitio apartado (6) (en París), sin armas, para cumplir con la ley de Moisés, se presentó súbitamente Fatir y con su espada le mató, y quitó también la vida á los compañeros que se hallaban presentes. Despues, dejando los muertos tendidos en el campo, refugióse con sus criados en la basílica de San Julian (7), que se hallaba cerca. Estando allí supieron que el rey había mandado sacar á los criados de la basílica y matarles como criminales; entonces desenvainó uno de ellos su espada y mató á sus compañeros, porque á su amo se había

(1) Cánón 8 del concilio de Nicea y de otros concilios. — Ruinart.  
 (2) Esto ya hemos visto se eludía con mucha frecuencia en tiempo de los reyes francos.  
 (3) En Nantes se le venera como santo (Ruinart), pero Gregorio no le tenía en buen concepto. Véase libro V, 5, y Thierry: *Lettres sur l'histoire de France*, tomo V.  
 (4) Aquel á quien Chilperico solía comprar alhajas.  
 (5) Una correita con la cual los judíos atan cuando van á regar al brazo ó á la frente dos cápsulas con pasajes bíblicos, segun mandamiento de la ley de Moisés. — Levítico.  
 (6) Los judíos prefieren cuando las circunstancias lo permiten rezar al aire libre, pero sin mirar al sol, para no confundirse con los adoradores de este astro.  
 (7) Hoy la capilla del hospital llamado Hotel-Dieu.

concedido la vida, y con la espada salió de la basílica; el pueblo se precipitó sobre él y le mató cruelmente. Fatir, con el permiso del rey, regresó al país de Gontran, de donde procedía; pero á los pocos días fué muerto por los parientes de Prisco.»

Este es otro rasgo característico de la justicia bárbara; Fatir, el feroz asesino que obra con premeditación y alevosía, puede volver á su país, probablemente gracias al lazo espiritual que le une al rey su padrino, mientras sus siervos ó criados, que procedieron por mandato de su amo, son condenados á morir como criminales sin respeto al asilo sagrado. La desesperación del esclavo impotente contra la fuerza brutal de los que mandan, mata á sus compañeros y busca despues la muerte que le aguarda fuera de la iglesia. Su amo, que seguramente habría sido su primera víctima, no debió de estar entre su gente infortunada, sino muy bien y muy prudentemente retraído. Este es también otro ejemplo de lo mucho que se había barbarizado la población romana y galoromana, y hasta los pacíficos y oprimidos judíos, en medio de los germanos, que no tenían la mas remota idea de que pudiese haber otra ley mas que la voluntad de cada uno, siempre que se veía con fuerza para hacerla valer.

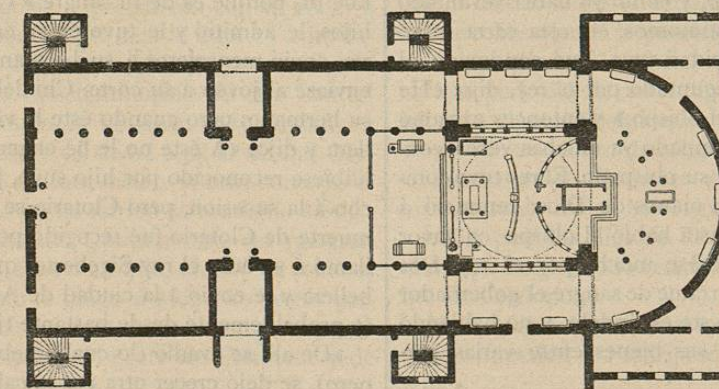
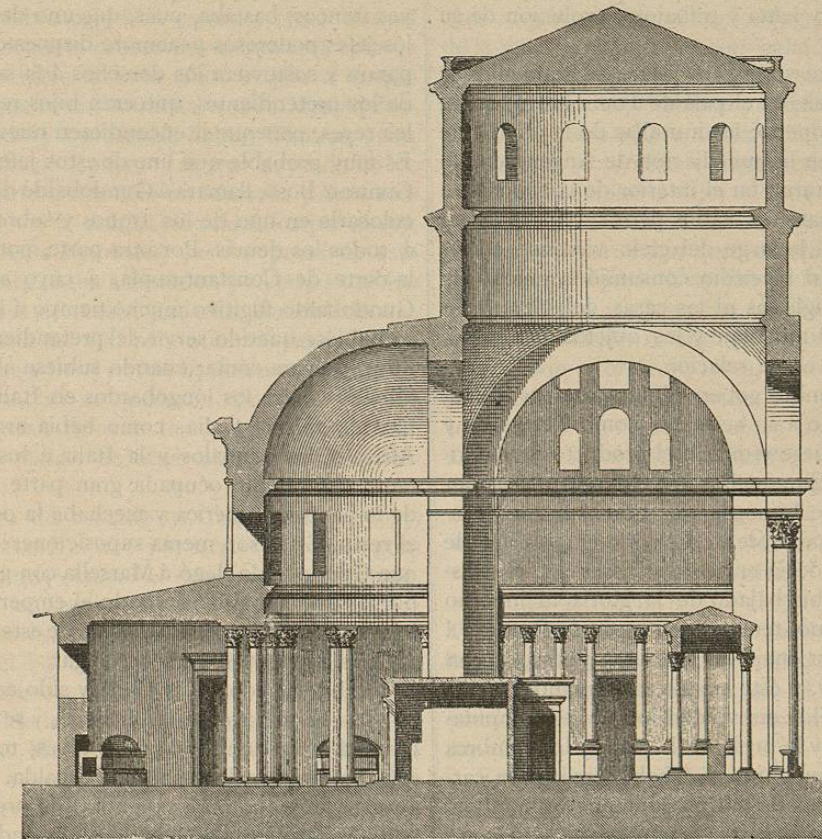
En este tiempo se entablaron negociaciones entre Leovigildo, rey de los visigodos, y el rey franco Chilperico, segun expusimos en la primera parte de esta obra, con las cuales Leovigildo se propuso poner de su parte al franco y separarle del partido de su hijo rebelde Hermenegildo y de su esposa Ingunta, hija de Sigeberto y Brunequilda, y hermana, por consiguiente, de Childeberto II. Favorecía estas negociaciones la circunstancia de que Gontran, el vecino y enemigo de los visigodos, lo era también á la sazón de Chilperico y de Childeberto; y á esto se agregaba además que Miro, rey de los suevos, católico, enemigo de Leovigildo y aliado de su hijo Hermenegildo, había enviado una embajada al rey Gontran, quizás en el año 580; solo que los embajadores fueron presos por las fuerzas de Chilperico en el territorio de Poitiers que acababan entonces de ocupar, y conducidos á Paris no fueron puestos en libertad sino un año despues.

De las negociaciones resultó, entre otras cosas, el proyecto de enlace y los desposorios de Recaredo, el hijo de Leovigildo que había quedado fiel á su padre, y Rigunta ó Riguntis, hija de Chilperico y Fredegunda. La circunstancia de que los embajadores visigodos de España debían pasar por Tours para ir á la corte de Chilperico, y probablemente desde ésta á la de Childeberto, fué causa de que Gregorio hiciera conocimiento con ellos, principalmente con Amovaldo, Domigiselo y Agila, y que pudiese hablar de ellos largamente, si bien tuvo el disgusto de no poder convertir á aquellos arrianos, en especial á Agila. Notable es que para esta embajada los reyes emplearan ya germanos, lo que prueba que habían adquirido ya la capacidad suficiente para ser empleados en misiones políticas, y que unos y otros debían poseer el latin vulgar para entenderse, pues que esto no era posible con sus muy diferentes dialectos germánicos.

«Cerca del puente sobre el rio Orge (que era al Mediodía de Paris el límite de los dominios de Chilperico y de Gontran, segun Ruinart) había apostado el rey Chilperico vigías para apoderarse de los espías y malhechores procedentes del territorio de Gontran. Sabido esto por Asclepio, que había sido jefe de la fuerza armada, sorprendió una noche á los vigías, degolló á todos y devastó terriblemente la comarca donde estaba el puente. Cuando esto supo Chilperico, envió órden á los gobernadores, jefes militares y demás funcionarios para que reuniesen una hueste é invadiesen los dominios de su hermano: mas le disuadieron de esto hombres prudentes y prácticos que le dijeron: «Ellos han obrado mal, procura

obrar tú como toca á un sabio. Envía embajadores á tu hermano y si está dispuesto á indemnizar el mal que te ha hecho, no busques otra cosa peor; y si no quiere hacerlo, entonces puedes meditar lo que te conviene.» Escuchó la razón, dió órden á la fuerza armada de detenerse y envió la embajada á su hermano, el cual le indemnizó de todos los perjuicios y trató de recobrar con sinceridad el amor de su hermano (1).

«En este año murió el septuagenario Crodino, cuya bondad y piedad eran inmensas, como hombre caritativo, generoso, sostén de los pobres, liberalísimo para con las iglesias y proveedor del clero. Fundó nuevas haciendas, plantó viñas, construyó casas y roturó terrenos, y despues llamó á su casa á los obispos cuyos fondos eran limitados, les dió una gran comida y repartió entre ellos las casas con los siervos, los



Sección y planta de la basílica de San Martín en Tours

campos, la plata, las alfombras, el ajuar, los empleados y criados, diciendo: «Esto para la Iglesia á fin de que socorra á los pobres y que estos donativos alcancen para mí la remisión de mis pecados.»

Venancio Fortunato ha cantado también (libro V, cap. 16) las alabanzas de este hombre, que evidentemente era germano y franco, como lo atestigua su nombre, que se deriva de *krod*, fama. Por fin, y esto es lo interesante, vemos á últimos

(1) Entonces cedió acaso Gontran á su hermano las ciudades que había conquistado en Aquitania. — Giesebrecht.



cubrir este atrevimiento por medio de un terrible juicio de Dios. Los ladrones, después de consumado el crimen, se dirigieron á Burdeos, donde disputaron por el reparto; dos de ellos se mataron el uno al otro, y los objetos robados, la plata machacada y las capas pluviales fueron encontrados en su alojamiento. El rey Chilperico hizo cargar de cadenas á los ladrones sobrevivientes y conducirlos á su presencia. Entonces escribí yo al rey suplicándole que no los hiciese matar, pues que nosotros, que teníamos el derecho de perseguirles ante la justicia, no habíamos presentado reclamación, y me causaba pena que hubiesen de morir personas á causa del mismo santo que en vida tantas veces había impetrado el perdón de los condenados á muerte.»

Este es un rasgo bellísimo de los sentimientos humanitarios de Gregorio, tanto más grande, cuanto mayor hubo de ser necesariamente su indignación por el sacrilegio.

«El rey atendió mi solicitud; perdonó á aquellos la vida, y mandó recoger y reunir los objetos robados dispersos, y restituirlos al santuario.

»En Marsella empezó Dinamio, gobernador de la Provenza, á perseguir al obispo Teodoro (1). Cuando éste quiso pasar á ver al rey Childeberto, Dinamio le prendió en la misma ciudad, y le hizo sufrir grandes ultrajes, pero al fin le puso en libertad. El clero se entendió entonces con Dinamio sobre la manera de expulsar á Teodoro de la sede episcopal; y cuando Teodoro se disponía á emprender su viaje á la corte de Childeberto, fué preso por orden del rey Gontran juntamente con Jovino, el gobernador anterior (2). El clero, gozoso de verle preso, y creyéndole ya proscrito para siempre, tomó posesión de los edificios de la iglesia, formó inventario de los vasos y otros objetos sagrados destinados al culto (3), abrió los armarios, saqueó las despensas y se apoderó de todos los fondos de la iglesia, como si el obispo fuese ya muerto. Además le acusó de diferentes delitos, acusación que resultó falsa con el auxilio del Señor.

»Childeberto, aliado ya con Chilperico, envió embajadores al rey Gontran reclamando la mitad de Marsella, que le había cedido á la muerte de su padre, y amenazándole que en caso contrario pagaría caro el despojo. Gontran no quiso restituir nada y mandó guardar todos los caminos á fin de que nadie pudiese atravesar sus dominios. Entonces Childeberto envió á Marsella á Gundulfo, descendiente de una familia romana senatorial (4), que había sido funcionario de palacio (5) y elevado después por el rey á jefe de la fuerza armada; pero Gundulfo no se atrevió á pasar por los Estados de Gontran, sino que pasó por Tours. Yo le recibí con

(1) Dinamio era hombre de instrucción superior; escribió poesías que merecieron las alabanzas de Venancio Fortunato y la vida de algunos santos. Todavía existen dos poesías que Venancio Fortunato dedicó á Dinamio; en una de ellas, que data del tiempo en que Dinamio no era todavía gobernador, figuran como amigos suyos Teodoro, Albino y Jovino. Véanse Venancio Fortunato, libro VI, cap. 11 y 12, y Gregorio de Tours, libro VI, cap. 7.

(2) Venancio Fortunato, libro VII, cap. 11, dedicó también una poesía á este Jovino, con el cual tenía relaciones amistosas.

(3) Esta costumbre de formar al instante inventario de los objetos de valor cuando faltaba el obispo, y los despojos que efectuó el clero en tales ocasiones, según refiere Gregorio de Tours repetidas veces, dan ocasión á Ruinart para lamentarse de la rapacidad del clero en aquella época, que sin respeto ni consideración robaba cuanto podía.

(4) La primera vez que en la obra de Gregorio vemos con nombre germánico á un descendiente romano (probablemente de una familia senatorial establecida desde antiguo en Tours, como opina Ruinart) con nombre germánico, es un caso excepcional. Gundulfo era hermano del obispo Niccio, de Lyon (según Coicío y Ruinart), y de consiguiente tío de Armentaria, madre de Gregorio de Tours. Véase el árbol genealógico de éste en el apéndice de esta obra.

(5) *Domesticus*, cargo de palacio que se explicará en el capítulo sobre la constitución.

mucha amistad, porque era tío de mi madre, y después de tenerle cinco días en mi casa, le proveí de todo lo necesario y le dejé continuar su marcha.

»Avanzó, pero no pudo entrar en Marsella por la resistencia que le opuso Dinamio; ni el obispo, que regresó con Gundulfo, fué admitido en su propia iglesia, pues que Dinamio y el clero habían construido parapetos en las puertas de la ciudad, y hacían mofa y burla de Gundulfo y del obispo. Finalmente, invitado Dinamio por Gundulfo á una entrevista en la basílica de San Estéban, cerca de la ciudad, salió de la población y llegó á la iglesia, cuyas puertas guardaban los ostiarios, prontos á cerrarlas tan luego como hubiese entrado Dinamio sin su escolta de hombres armados, que debían quedar fuera. Esto no llamó la atención de Dinamio; pero después de haber discutido diferentes cosas en el ábside y cuando los otros (6) se dirigieron á la sacristía (aquí *salutatorium*), entró Dinamio con ellos; y allí cayeron sobre él, llenándole de improperios. Cuando le llevaban preso, armaron gran ruido sus guerreros y de todos lados se lanzaron sobre su escolta; pero fueron rechazados y tuvieron que huir.»

Aquí hay que observar no solamente la vil traición y el lazo tan bien preparado por el personal de la iglesia; no solamente que los ostiarios cerraran las puertas sin que la víctima lo notase, y que por respeto al altar el jefe Gundulfo y el obispo pasaran con disimulo conversando á la sacristía para efectuar allí su alevosía, sino que Gregorio no tenga ni una sola palabra para condenar todo esto, mientras le indignan las intrigas del clero contra su obispo y la rapacidad con que apenas éste se ausenta ó muere se apropia el dinero y los objetos preciosos de la iglesia. No quiere decir esto que Gregorio estuviese conforme con actos de traición como el que cometieron Gundulfo y el obispo Teodoro en la persona de Dinamio, ni que aprobase las infamias de los reyes; mas para él, sin duda, el fin justifica en tales casos los medios, y en el de que se trata aquí el fin es la victoria de Childeberto, el hijo de Sigeberto, cuyo jefe militar es, por lo demás, próximo pariente de Gregorio. Sin embargo, Gregorio era uno de los hombres más rectos y virtuosos de su tiempo y de su clase, porque si hubo otros obispos y clérigos que le ganaban en talento, difícilmente le ganaba ninguno en tesson inquebrantable cuando se trataba de cumplir, aun en los mayores peligros, sus deberes episcopales. Por eso es tan precioso su testimonio para estudiar la moralidad, y en particular la eclesiástica, de su tiempo y de toda aquella época en general.

«Gundulfo y el obispo llamaron á una entrevista á los notables de la ciudad para obtener la entrada libre. Dinamio entonces, enterado del resultado, pidió perdón, dió muchos regalos á Gundulfo y juró ser en adelante fiel al obispo y al rey (Childeberto). Con esto le restituyeron sus vestiduras (7), se abrieron de par en par las puertas de la ciudad y de la iglesia, y el jefe de las fuerzas de Childeberto y el obispo hicieron su entrada, precedidos de sus enseñas de guerra, al són del repique de campanas y de los gritos de júbilo de la población. Los clérigos principalmente complicados en la iniquidad cometida con el obispo, y sus jefes, que eran el abad Anastasio (8) y el sacerdote Próculo, se refugiaron en la casa de Dinamio, reclamando su auxilio y un asilo seguro por haber sido instigados por él. Muchos quedaron en libertad porque presentaron personas de confianza que respondieron de ellos; pero otros muchos tuvieron que presentarse al rey, al cual Gundulfo sometió la ciudad. El obispo fué re-

(6) Hay que entender Gundulfo y el obispo.

(7) De guerra y de gala se entiende, con su armamento.

(8) Abad del convento de benedictinos de San Víctor en Marsella.

instalado en su puesto y Gundulfo regresó cerca del rey Childeberto.

»Dinamio, olvidando la fidelidad que había jurado al rey Childeberto, envió mensajeros al rey Gontran para decirle que si no expulsaba al obispo de la ciudad, aquel obispo le haría perder también la mitad de ella que de derecho le pertenecía. Entonces Gontran, en un arrebato de ira, mandó, contra el precepto de la religión, llevar á su presencia cargado de cadenas al representante de Dios, diciendo: «Este enemigo de nuestro reino ha de ser proscrito para que no pueda causarnos más daño.» El obispo, sin embargo, concibió sospechas y procuró no salir de la ciudad; pero llegó la ocasión de consagrar un oratorio extramuros, y cuando hubo salido de la población se vió súbitamente rodeado de gente armada que salió con grandes voces de una emboscada, le derribó del caballo, ahuyentó á su acompañamiento, ató á sus criados, golpeó á los eclesiásticos, puso al santo obispo sobre un cuartago y le condujo así á presencia del rey, sin permitir que ninguno de los suyos le siguiese. Al pasar por la ciudad de Aix tuvo compasión de su colega el obispo de la ciudad, que se llamaba Piencio, y le proveyó de lo necesario.

»Entretanto, el clero de Marsella volvió á registrar los edificios de la iglesia y todos sus escondrijos, apuntó parte de lo que encontró y parte se llevó á sus casas. El obispo fué conducido ante el rey, y resultando inocente, recibió permiso para regresar á su ciudad, donde la población le recibió con grandes honores. Este suceso convirtió en hostilidad abierta el disgusto que reinaba entre el rey Gontran y su sobrino Childeberto.

»Cuando Chilperico vió que la discordia entre su hermano y su sobrino había llegado á este punto, llamó á Desiderio y le dió el encargo de atacar los dominios del rey Gontran. Desiderio convocó la hueste, derrotó á Ragnovaldo, conquistó á Perigueux, á cuya población hizo jurar fidelidad al rey Chilperico, y marchó contra Agen. Cuando la esposa de Ragnovaldo, después de la derrota de su esposo, supo que también esta ciudad había caído en poder del rey Chilperico, refugióse en la basílica del santo mártir Caprasio (1); pero fué sacada de allí y conducida á Tolosa, después de haber despojado de cuanto tenían á ella y á sus criados, y de haberla obligado á presentar personas que respondieran de su conducta. En Tolosa buscó asilo y se estableció en la basílica de San Saturnino. Desiderio tomó todas las ciudades que en aquel país (Aquitania) pertenecían al rey Gontran y las sometió al rey Chilperico.

»El duque ó jefe militar Berulfo, sabiendo que la gente de Bourges (2) preparaba ocultamente una invasión en el territorio de Tours, convocó la fuerza armada y tomó posiciones en la frontera. Mucho padecieron entonces las comarcas de Yzeures y de Barou, pertenecientes al territorio de Tours. Después fueron también castigados cruelmente los que no habían podido tomar parte en esta ocupación militar de la frontera. Bladasto, general de Chilperico, marchó al país vasco (3), donde perdió una gran parte de su hueste.

»Un ciudadano de Tours, llamado Lupo, habiendo perdido mujer é hijos resolvió hacerse eclesiástico; pero su hermano Ambrosio, temiendo que entrando en la Iglesia ésta le heredase, le disuadió de su intento; Lupo entonces eligió

(1) Obispo de Agen que murió mártir en el reinado de Máximo. La Iglesia celebra su memoria en su diócesis el 20 de marzo. — Ruinart. — La basílica de Tolosa (Toulouse) dedicada á San Saturnino, y la de San Caprasio de Agen existen todavía. — Guadet y Taranne.

(2) Cuyo territorio pertenecía á los dominios de Gontran.

(3) En los Pirineos, porque entonces no se habían extendido los vascos todavía á la *Novempopulonia*, la Gascuña actual; según la opinión acertada de Ruinart.

otra esposa y fijó el día del desposorio y la entrega de los regalos. Después pasaron los dos hermanos al fuerte de Chinon, donde poseían una hospedería. La mujer de Ambrosio (4) era adúltera, quería á otro, odiaba á su marido y buscaba medios de deshacerse de él. Después de haber cenado los hermanos y bebido durante parte de la noche más de lo regular, se echaron á dormir los dos en la misma cama. Cuando todos, cargados de vino, dormían, entró en el cuarto el querido (5) de la mujer de Ambrosio, hizo luz con un puñado de paja para ver cómo estaban, sacó la espada, la dirigió contra la cabeza de Ambrosio y se la introdujo por los ojos, haciéndola penetrar hasta en la almohada. Lupo se despertó y viendo que nadaba en sangre se puso á gritar: «¡Auxilio! ¡mi hermano ha sido asesinado!» El asesino, que ya se marchaba, al oír esto volvió junto á la cama y acuchilló á Lupo, á pesar de su resistencia, dejándole por muerto. Nadie de la servidumbre había oído lo que pasaba, y por la mañana quedaron todos horrorizados de tamaño crimen; Lupo, que vivía todavía relató el suceso y después expiró. La esposa infiel no llevó mucho tiempo luto, porque á los pocos días se unió con su querido y desapareció.»

No nos equivocaremos mucho si suponemos que Gregorio consideró este doble asesinato como un juicio de Dios, porque uno de los hermanos disuadió al otro de dedicarse á la Iglesia para que ésta no le heredase, y porque el otro se dejó disuadir de su propósito piadoso. Posteriormente alcanzó también el castigo al asesino. Este era Dios y este su modo de gobernar el mundo en el concepto de la gente, sin exceptuar el alto clero, de aquella época.

«En el séptimo año del reinado de Childeberto, es decir, el año 582, el 21.º de los reinados de Chilperico y de Gontran, hubo grandes lluvias, rayos y truenos; en el mes de enero florecieron árboles y apareció una estrella que en otra parte he designado por «cometa», que brillaba en medio de una profunda oscuridad, como si brillase al través de un negro agujero; echaba chispas y sacudía su encendida cabellera con una cola de maravillosa magnitud que parecía el resplandor de un incendio lejano y colosal. Observóse esta estrella hacia el Occidente en la primera hora de la noche. En Soissons pareció arder el cielo el mismo día de Pascua; hubo dos resplandores, uno grande y otro más pequeño; al cabo de dos horas se fundieron los dos en uno y formaron un gran resplandor que después desapareció. En el término de Paris llovió sangre verdadera de una nube, que manchó la ropa de muchas personas, las cuales arrojaron sus vestidos por el asco que les causaban. Este prodigio se repitió en tres puntos de aquel término. En el territorio de Senlis un hombre al levantarse temprano vió salpicado de sangre el interior de su casa. En el mismo año reinó en el pueblo una gran epidemia, y muchas otras enfermedades malignas, viruelas y exantemas (erupciones), causaron la muerte de muchos; pero otros que tuvieron cuidado se salvaron. Igualmente supimos que aquel año hizo estragos en Narbona la peste inguinal, que causó la muerte á todos los atacados.

»También cayó gravemente enfermo del mismo mal el obispo Félix de Nantes, y reunió (cerca de su lecho) á los obispos para suplicarles que dieran su asentimiento, escrito y firmado, á la elección de su sobrino Burgundio por sucesor suyo (6). Cumplido esto, enviáronme el candidato á mí. Tenía á la sazón unos 25 años, y me suplicó que fuese á Nantes para darle la tonsura y consagrarle obispo en lugar de su

(4) Que probablemente dirigía la hospedería del castillo de Chinon.

(5) En el libro VII, cap. 3, le llama Gregorio, Vedasto y Avo, que tuvo mal fin.

(6) Otro ejemplo de un individuo probablemente de familia romana con nombre germánico, cuyo uso va aumentando.